

# En la muerte de Miguel Angel Asturias

FRANCISCO J. DIAZ DE CASTRO  
*Departamento de Lengua y Literatura*

«Arcángel amoroso,  
detrás de ti, la hora de mi muerte,  
¡Reténla! ¡Soy dichoso!  
No la dejes pasar, Arcángel fuerte.  
Combate con tu espada, mata al tiempo.  
Será luz lo que tú opongas.  
Arcángel misterioso,  
o libertad compacta, por ser ella  
la tiranía peor, la más oscura  
de cuantas padecemos...

La noche me da miedo. Por la noche  
puede venir silente, sin natura,  
a cerrarme los ojos para siempre.

... Y si pasa,  
verás luchar al hombre  
con la muerte brazo a brazo.  
Trataré de quitarle la guadaña  
y de infundirle ojos, que me vea  
convertido en rival, en esqueleto  
de huesos luminosos y candentes...

(M. A. Asturias. Fragmentos de «Oración al Arcángel de mi nombre», de «SIEN DE ALONDRA». Ed. Aguilar. Obras Completas, Tomo I, pág. 980).

Sin duda es éste uno de los poemas en que Miguel Angel Asturias expresa de manera más personal y a la vez más clara, la reflexión ante el espejo de la propia muerte. Escrito hace más de veinte años, nos revela, entre el sentimiento general de pesimismo que se desprende de la magia de su palabra narrativa, el impulso esencial y laborioso de la vida, el reto aéreo al tiempo que ha cesado de cebar destrucciones en su cuerpo.

No hace todavía un año desde que cayó Pablo Neruda, arrastrado por las pesadas aguas de la marea que removió la tierra de Chile hasta sus raíces. Ahora, Miguel Angel Asturias, su figura paralela desde siempre, cuya identidad llegó Neruda a tomar para escapar a Francia en momentos difíciles, se ha reunido con él fuera de la historia. El tiempo no los ha perdonado, como no perdona a nadie: Preciso es recordar aquí las figuras de Gabriel Marcel y Jacques Maritain, desaparecidos también no hace mucho.

Las olas de ese tiempo vulnerante, las absurdamente necesarias olas del tiempo, han arrancado a la roca americana sus pedazos personales. La «tiranía peor, la más oscura de cuantas padecemos», ha triunfado sobre aquellos que a

su manera lucharon contra innecesarias y más mezquinas tiranías humanas. Sus palabras permanecen, sí, —«feliz el río que pasando queda», diría Jorge Guillén—, pero los hombres se han disuelto. La esencia de Miguel Angel Asturias —como la de Neruda— es ya una amalgama durable de seres creados por él.

Recuerdo su presencia aún no anciana ni agotada, aquí, hace apenas tres años, hablando de sí mismo en una librería nuestra, impresionándonos a todos con su dulce, gruesa voz de maíz, con el misterio fatigado de unos ojos negrísimo, con la caída abismal de su nariz hastiada de ventear miserias e injusticias en el mismo ser de su pueblo y de su origen.

Imprecedero ejemplo ha quedado, no sólo para el escritor, sino para todos los hombres, de quien sólo se realizó a través de su existencia adentrándose en los problemas de su tiempo y de su pueblo, traduciendo viva en su creación la idiosincrasia trágica de una raza dura. De ahí que París no sea, a mi juicio, el lugar idóneo para albergar la materia de su cuerpo. Tierra guatemalteca debería abonar con sus sustancias materiales el hombre Asturias, como humanas existencias abonó con su obra, demostrando una vez más que el arte vivifica si asume en sus entrañas el servicio de un pueblo y de una idea. Por eso están fuera de duda la eficacia y el alcance de una obra que Asturias expresó como el «vocero de su tribu». Si éstos son lo fundamental, los premios lo corroboran, y Asturias los tuvo; primero el premio Lenin de la Paz (1966), y luego el Nobel (1967). La conjunción de ambos nos revela la amplitud universal de su mensaje, más allá de cualquier limitación de orden temporal, estético o ideológico.

La identificación con su pueblo es realmente lo que potenció toda su creación literaria, desde la denuncia de la figura arquetípica del dictador en «El Señor Presidente» (1922, 1925, 1935 y 1946), hasta la expresión mítica americana de «El espejo de Linda Sal» (1967). Si Asturias buscó una meta a lo largo de su vida y de su obra, ambas efectivas en lo político y lo artístico, ésa fue la de expresar la agonía social de Hispanoamérica a través de una búsqueda a todos los niveles —humano, mítico, estético, moral, existencial, filosófico...— del ser, individual y colectivo, de las razas que habitan el continente.

El mensaje fue éste. Las maneras de su voz, sus tonalidades varias, discutidas después al irrumpir con su potencia la nueva visión —igual en su sentido, sin embargo— de escritores como Fuentes, Vargas Llosa, Cortázar o García Márquez, expresan a la vez la realidad y el sueño de los seres y de la propia palabra, la magia temporal e intemporal de unos mitos comunes, el

lenguaje directo de unos personajes simbólicos de toda Sudamérica, y la elaboración expresionista y a veces misteriosa del escritor que asume plenamente sus tareas.

Miguel Angel Asturias ha muerto. Sirvan estas palabras de réquiem emocionado para su figura, que ha dejado de existir para devenir esencia perdurable.